

PARTE I

apartados generales



Introducción

Introducción

El presente trabajo es fruto de la colaboración entre La Conselleria de Territori i Habitatge de la Generalitat Valenciana y la Fundación Enrique Montoliu y responde a un objetivo genérico: *aportar información para facilitar el establecimiento de una jardinería ecológica y sostenible, especialmente en los espacios naturales protegidos de la Comunidad Valenciana.*

Motivos de índole teórica y práctica nos han llevado al convencimiento de que un paisajismo basado en nuestra propia naturaleza conlleva gran cantidad de ventajas económicas, estéticas, funcionales y ecológicas frente a otros modelos que llenan nuestras zonas verdes de vegetales exóticos y cuya aplicación generalizada no responde sino a inercias comerciales o modas pasajeras.

Teniendo en cuenta la finalidad común a las dos instituciones, de colaborar en la conservación de la naturaleza valenciana, las mejoras ecológicas derivadas del modelo de paisajismo propuesto son las que más han pesado en el planteamiento de este trabajo. La información esta especialmente dirigida a las personas o instituciones que se planteen realizar un jardín, particular o público, e incluso para orientar proyectos de restauración paisajística. Se pretende aportar información práctica para facilitar el desarrollo de zonas verdes que sean lo más respetuosas posible con el entorno natural.

Pero como suele ocurrir en los proyectos relacionados con la naturaleza, el establecimiento de modelos a seguir es complejo, no se pueden dar unas pautas generales, iguales para todos, ya que el medio natural es diverso y complejo y por tanto las acciones a llevar a cabo pueden variar según el lugar concreto donde se requiere la actuación, de hecho, las grandes diferencias existentes entre los distintos Parques Naturales de la Comunidad Valenciana, son un ejemplo de cuan diversa es la naturaleza, realmente parecería que las Salinas de Santa Pola están en un país muy alejado de las montañas de la Tinença de Benifassa, o incluso de una forma más sutil, entre lugares próximos y con ambientes similares como por ejemplo las sierras de Espadán y Calderona, encontramos matices que diferencian a una de la otra, matices que por otra parte hacen que cada uno de los espacios naturales sean únicos e



Introducción

insustituibles. Intentar seguir modelos rígidos ante la complejidad de la naturaleza ha provocado que actuaciones realizadas históricamente generaran graves problemas ecológicos, como por ejemplo, la aplicación de modelos de silvicultura centroeuropeos en la gestión de bosques mediterráneos. Quizás, en parte, es también huir de la complejidad lo que está llevando al sector de la jardinería a diseñar las zonas verdes con unas cuantas especies vegetales comunes en todo el mundo, como consecuencia, podríamos ver una fotografía de un jardín al uso y ser completamente incapaces de reconocer en que parte del planeta se encuentra. Ante esta situación, el mantenimiento de la singularidad del paisaje en cada localidad es una de las ventajas de la jardinería diseñada con los recursos autóctonos.

En este sentido, el presente trabajo toma como unidades los Parques Naturales distribuidos a lo largo de todo el territorio de la Comunidad Valenciana en los cuales están representados los distintos ecosistemas naturales propios de esta área geográfica situada en la franja central del mediterráneo ibérico.

Se tratan todos los parques en apartados con información general y se centra por el momento el trabajo en tres zonas que se pueden considerar representativas de los tres grandes ambientes naturales valencianos:

Sierras interiores:	La Tinença de Benifassa
Sierras litorales:	El Montgó
Humedales:	L'Albufera.

En los apartados iniciales, se tratan aspectos generales y se hace hincapié en la experiencia propia basada especialmente en la creación del jardín mediterráneo de La Albarda, propiedad de la Fundación Enriquer Montoliu.





Objetivos

Objetivos

Para contribuir en definitiva a la conservación de la naturaleza y al equilibrio en el uso de los recursos naturales, la instauración del modelo de jardinería propuesto persigue los siguientes objetivos concretos:

- 1. Conseguir una gestión sostenible del agua en superficies ajardinadas.**
- 2. Integración de modelos de paisajismo tradicionales y su posible transferencia al paisajismo moderno.**
- 3. Contribuir a la mitigación de la desertificación y al mantenimiento de los acuíferos subterráneos.**
- 4. Contribuir a la conservación de la biodiversidad.**
- 5. Eliminación de residuos sólidos de jardinería.**
- 6. Minimización en el uso de biocidas en jardinería.**
- 7. Aproximación del ciudadano al medio natural de su entorno.**
- 8. Integración paisajística de áreas urbanizadas, vías de comunicación e infraestructuras: Mitigación del impacto urbanístico.**





Agua

1. Conseguir una gestión sostenible del agua en superficies ajardinadas.

El clima mediterráneo reinante en las tierras valencianas tiene grandes limitaciones para el crecimiento de los vegetales derivadas básicamente de la existencia de una época veraniega que combina los rigores del calor con la falta de agua, en esas condiciones, la evapotranspiración a la que están sometidas las plantas puede ser superior a la disponibilidad de agua para sus raíces, creándose unas condiciones extremas para su supervivencia. Los vegetales que mejor se han adaptado a esas condiciones son las especies autóctonas, puesto que durante miles de años han desarrollado estrategias diversas para sobrevivir a estos ciclos periódicos de aridez.

La utilización de estas especies en jardinería minimiza el consumo de agua ante casi cualquier otra opción, y especialmente cuando las otras opciones eligen céspedes y plantas de grandes hojas como ocurre en la inmensa mayoría de zonas verdes diseñados en la actualidad, un paisajismo que persigue modelos vegetales propios de climas muy diferentes al nuestro.

Salvando las grandes diferencias existentes entre unas zonas verdes y otras, podríamos aproximar los siguientes datos para el consumo de agua para el riego:

Consumo de agua en un jardín Standard:	22.800 m ³ / Ha / año
Consumo de agua con el modelo propuesto:	1.100 m ³ / Ha / año

Como ejemplo, un campo de golf de superficie aproximada de 100 Hectáreas consume dos millones y medio de metros cúbicos de agua al año, el equivalente a una población de 40.000 habitantes. Estos datos unidos a la creciente superficie de zonas ajardinadas evidencian la incidencia decisiva de este sector en uno de los principales problemas del litoral mediterráneo, el déficit hídrico.

Agua



La jardinería mediterránea ecológica y el uso del agua:

Los modelos de jardines propuestos persiguen una independencia total del riego, en otras palabras, una zona verde establecida no debe necesitar aporte de agua externo para su mantenimiento. Este aspecto es especialmente decisivo para proyectos de restauración paisajística donde grandes superficies de laderas, franjas de autopistas y otras infraestructuras, recuperación de canteras, etc. han de ser cubiertos de vegetación sin tener la posibilidad de aplicar riegos tras la plantación.

En general, en los jardines con posibilidades de riego existen dos etapas características que condicionarán la gestión del mismo:

- Primera temporada:

Durante las primeras temporadas, entre el primer y el cuarto año, dependiendo de las especies elegidas y el clima local, habrá que hacer aportes extras de agua hasta conseguir el establecimiento definitivo.

En el caso más habitual, en el que se plantan ejemplares de distintos tamaños presentados en contenedor o raíz desnuda y provenientes de viveros, hay que tener en cuenta que las plantas, incluso las autóctonas necesitan riegos al principio, especialmente en la época seca. Por otra parte, es muy frecuente que las plantas se presenten en maceta con sustrato predominantemente de turba o similar, en este caso la necesidad de riego es especialmente decisiva al principio, hasta que las raíces crezcan fuera de este sustrato, puesto que la turba deshidratada puede acabar secando la planta en cuestión de horas.

- Tras el establecimiento definitivo:

Una vez aclimatadas y establecidas, las especies bien elegidas han de ser capaces de sobrevivir sin aportes extra de agua, sin embargo existen algunos condicionantes que pueden aconsejar una cierta aplicación de riegos. Muchas especies mediterráneas sobreviven a la época seca agostándose, minimizando

Agua



su actividad, este es un mecanismo relativamente similar al que hace que los árboles caducifolios paren su actividad y pierdan las hojas durante las épocas desfavorables, que en su caso son las más frías. Debido a esta adaptación, nuestras plantas presentan en verano su aspecto menos frondoso y estético, en realidad, de una forma más o menos exagerada, esto ocurre con casi todas las plantas en cuando se enfrentan a este clima.

Por otra parte, es precisamente en verano cuando los ciudadanos utilizan las zonas verdes más intensamente, es habitual que deseemos tener los jardines más hermosos precisamente en esta época. Desde luego las floraciones de la inmensa mayoría de las plantas se producen en primavera y eso no podemos pretender cambiarlo, pero ese aspecto pajizo propio de las plantas agostadas, se puede paliar en buena medida haciendo pequeños aportes de agua extra durante el verano. Así, es normal un pequeño consumo de agua incluso en jardines ya establecidos, sin olvidar que existen especies que mantienen todo su verdor en pleno verano y sin agua extra, como es el caso del lentisco.





Paisaje Tradicional

2. Integración de modelos de paisajismo tradicionales y su posible transferencia al paisajismo moderno.

Desde que nuestros antepasados comenzaran a usar el fuego para dominar la vegetación, el hombre no ha cesado en su empeño de transformar el paisaje según sus necesidades, de tal forma que el paisaje que hoy vemos, es el resultado de la interacción entre la actividad humana y la naturaleza desde hace milenios. En las últimas décadas nuestra capacidad de transformación ha aumentado drásticamente, de forma que los cambios en el paisaje que hasta ahora se producían lentamente, en la actualidad, se llevan a cabo en días. Como consecuencia los paisajes tradicionales, forjados por la naturaleza y la mano del hombre a lo largo de milenios desaparecen rápidamente de toda nuestra geografía.

El caso paradigmático de esta situación es la degradación de lo que podíamos llamar el paisaje de la piedra. Aun hoy podemos ver en muchos lugares interminables muros de piedra en seco que en realidad formaban el elemento dominante del paisaje valenciano y que vemos derrumbarse inexorablemente tras el abandono de los cultivos de secano o debido a su sustitución por paredes de hormigón u otras construcciones.

Lo mismo que en el caso anterior ocurre con sistemas de riego antiguo, construcciones tradicionales de diversa índole o incluso con lo que podríamos denominar diversidad agrícola, especies vegetales cultivadas que caen en desuso hasta desaparecer tras la introducción de variedades más eficaces.

La jardinería mediterránea ecológica y el paisaje tradicional:

Para conseguir espacios verdes más integrados en el entorno e incluso posibilitar el mantenimiento de paisajes tradicionales que de otra forma podrían desaparecer, cuando se diseña un jardín, es importante elegir formas de construcción y materiales propios de la localidad donde se desarrolla el proyecto. La mejor manera

Paisaje Tradicional



de conseguirlo es observar el entorno inmediato e imitar lo que queda del paisaje tradicional, formas de corregir pendientes, sistemas de drenaje o conducción de agua, fuentes, balsas, construcciones, etc. A veces estas estructuras se pueden imitar readaptándolas para cubrir otras necesidades más actuales, es el caso del Riu-Rau, una estructura diseñada para el tratamiento de la uva en la comarca de La Marina, y que hoy, reorientada para su uso como viviendas continua imprimiendo el carácter del paisaje en sus campos de secano.

Pero no solo las estructuras, sino los materiales constructivos son importantes a la hora de conferir a una zona verde el carácter de la comarca donde esta ubicada, en nuestras tierras encontramos entre otros dos materiales muy útiles y que pueden cubrir casi todas las necesidades de un jardín, son la cerámica y la piedra. Es importante recoger también las diferencias y los matices que se dan a las construcciones en cada localidad de la Comunidad, así observamos interesantes diferencias entre la forma de construir muros de piedra del Montgó o de la Tinença de Benifassa, o entre la cerámica de Manises y la de Onda, por poner solo unos ejemplos. No cabe la menor duda de que las construcciones tradicionales ofrecen todas las posibilidades estéticas y funcionales que podamos requerir para la construcción de un jardín y constituyen un auténtico seguro para el proyectista a la hora de acertar en un jardín mediterráneo ecológico.





Desertificación

3. Contribuir a la mitigación de la desertificación y al mantenimiento de los acuíferos subterráneos.

La desertificación, entendida como un aumento progresivo de la aridez debido a factores naturales y a la actividad humana, es uno de los principales problemas ambientales a los que nos enfrentamos en la actualidad. Muy cerca, al Sur, de la Comunidad Valenciana, encontramos paisajes que definidos en propiedad ya no podríamos llamar mediterráneos, sino más bien subdesérticos, donde no existe la vegetación arbórea y donde las precipitaciones se sitúan por debajo de los 200 litros por metro cuadrado y año.

En estas condiciones el paisaje dominante está formado por laderas con una cobertura vegetal baja, donde aflora la roca desnuda en más del cincuenta por ciento de la superficie y donde la vegetación existente está formada por matorral esclerófito. La propia falta de vegetación, coadyuva a la disminución de la humedad ambiental y provoca que las precipitaciones sean cada vez menores, en definitiva se extreman las condiciones de sequedad del clima mediterráneo.

Pero en la base de todo ello están los fenómenos de erosión, la pérdida de cobertura vegetal natural junto con la desaparición de los muros de piedra tradicionales, facilitan que las tormentas virulentas tan habituales en estas latitudes, arrastren la tierra fértil ladera abajo, provocando riadas de lodo. Especialmente grave es la falta de vegetación de ribera que ha sido destruida en la mayor parte de las orillas de nuestros ríos y que por tanto ya no puede ejercer su efecto de moderación de riadas. Como consecuencia de todo ello, los sedimentos acaban en el mar o atrapados en los embalses de los ríos y, en las laderas de las montañas, aflora la roca madre sobre la cual ya no crecerá vegetación y mucho menos vegetación arbórea capaz de mantener la tierra con sus raíces, la humedad con su sombra y de atemperar la violencia de las lluvias torrenciales con sus copas. Es un proceso irreversible, causa y consecuencia a la vez de la desertificación y que desgraciadamente se puede observar con nitidez en muchas de las montañas de toda la geografía valenciana, especialmente en las comarcas del Sur.

Desertificación



La desertificación es un proceso global que en parte esta producido por causas naturales, pero que nuestras actividades están acelerando dramáticamente. Resulta muy importante tener en cuenta este problema a la hora de planificar todas nuestras actuaciones sobre el entorno y en nuestro caso la jardinería mediterránea ecológica y la aplicación de este modelo a la restauración paisajística es la mejor formula para contribuir a mitigar la desertificación en las tierras valencianas.

La jardinería mediterránea ecológica y la desertificación:

Sin ninguna duda tanto las formas tradicionales de corregir pendientes mediante abancalamientos como la utilización de especies vegetales autóctonas, son los principios que se han de seguir tanto para el diseño de zonas verdes como para los proyectos de restauración paisajística, puesto que ambas son las soluciones para evitar erosiones y facilitar el establecimiento de una vegetación forestal lo más equilibrada posible.

Otra cuestión a tener en cuenta respecto a los problemas de erosión, son los incendios forestales. El fuego, demasiado frecuente en nuestras montañas, es el responsable de la regresión de la vegetación en muchas zonas, o de impedir la sucesión vegetal natural tras el abandono de los campos de secano en otras, especialmente si los incendios se producen en los primeros estados de esta sucesión, en las fases de matorral.

En este sentido es importante tener en cuenta que el fuego, si bien no con tanta frecuencia como ocurre en la actualidad, es consustancial de los ecosistemas mediterráneos, puesto que la vegetación agostada, el calor, la sequedad y las tormentas secas constituyen un cóctel verdaderamente explosivo. Debido a esta presencia continuada del fuego, la mayor parte de nuestras especies vegetales autóctonas se han adaptado a los incendios, rebrotando de raíz tras el paso del fuego, de esta forma, a pesar del aspecto desolador de la vegetación después de un incendio, las raíces permanecen vivas, siguen realizando su función de mantener el suelo y evitar la

Desertificación



erosión, y en poco tiempo de los tallos carbonizados, vuelven a brotar las hojas verdes. Este extremo pone en evidencia la importancia de utilizar las especies de plantas adecuadas para trabajos de reforestación, restauración paisajística o diseño de zonas verdes, aspecto este que históricamente no se ha tenido en cuenta, se han plantando grandes extensiones de plantas resinosas y no rebrotadoras como los pinos, en detrimento de los árboles que sin duda mejor responden a estas circunstancias, como carrascas o alcornoques.

Otro aspecto interesante del modelo de jardinería propuesto, tiene que ver con la distribución generalizada de la vegetación en el territorio de muchos de nuestros pueblos. Grandes zonas alrededor de los núcleos urbanos, están especialmente desprovistas de vegetación natural, puesto que es en ellas donde las actividades agrícolas, ganaderas y de todo tipo, han sido más intensas. Hoy con los cambios del uso del suelo, muchos de estos espacios quedan libres, pero no disponen de las necesarias semillas y propagulos vegetales para reforestarse de forma natural. Los jardines y zonas verdes diseñados con especies autóctonas y construidos en los núcleos urbanos y sus alrededores, pueden aportar este material genético, posibilitando la revegetación espontánea, que de otra forma sería imposible, ayudando pues indirectamente a reforestar el entorno, evitando erosiones y mejorando la recarga de acuíferos.



Biodiversidad

4. Contribuir a la conservación de la biodiversidad.

Desde un punto de vista global, la pérdida de biodiversidad es el efecto más drástico e irreversible que el hombre está produciendo en el planeta, estamos empobreciendo nuestro mundo con una rapidez que no ha tenido parangón en la historia de la tierra, salvo en las grandes catástrofes planetarias. Especies de seres vivos que todavía no conocemos están desapareciendo a diario por causas humanas, y con ellas todo el potencial biológico que cada especie ha atesorado durante millones de años de evolución. Ni siquiera sabemos lo que nos estamos perdiendo. A pesar de la existencia de puntos calientes de biodiversidad en el planeta, donde la pérdida de especies es abrumadora, no podemos creer que este problema no afecte a nuestro territorio, de hecho hemos perdido ya una buena parte de la biodiversidad original y seguimos en un proceso destructivo continuado.

Como ejemplo de especies que en los últimos años han desaparecido de nuestro entorno o se han situado al borde de la desaparición, tenemos muchos casos bien conocidos, como el cangrejo de río, la trucha arco iris, el samaruc, algunas especies vegetales del género *Limonium* o *Silene*, el murciélago patudo, los galápagos, y un largo etcétera que se complementa con otros muchos casos, menos estudiados pero que no escapan a cualquier persona observadora que se pueda percatar, por ejemplo, de que apenas quedan luciérnagas, o de que muchas especies de caracoles, antaño muy abundantes, prácticamente han desaparecido de grandes zonas. Cuando analizamos la pérdida de biodiversidad no podemos detenernos en la desaparición de especies, ambientes naturales que cubrían buena parte del territorio se han reducido drásticamente, con el consiguiente peligro para todas las especies que les son propias, es el caso de los bosques de ribera o de muchos hábitats propios del litoral valenciano.

De todas formas, en medio de este oscuro panorama, es importante señalar algunas mejoras que tras gestiones acertadas llevadas a cabo en los últimos años,

Biodiversidad



han permitido la recuperación de poblaciones de especies que o habían desaparecido o estaban al borde de ello, es el caso del calamón, la focha cornuda o el buitre leonado por ejemplo. Es la tendencia que se pretende consolidar mediante la implementación del modelo propuesto de jardinería.

La jardinería mediterránea ecológica y la biodiversidad:

Uno de los principales problemas que afectan negativamente a la biodiversidad valenciana, es la introducción por parte del hombre de especies foraneas, de forma voluntaria o involuntaria, el hombre ha introducido en la naturaleza valenciana especies hoy tan abundantes como la rata gris, la cucaracha o el naranjo. Más recientemente tenemos episodios fáciles de observar puesto que afectan a nuestras ciudades, como es el caso de las cotorras o las tórtolas de collar que se han instalado ha vivir en ellas en pocas décadas.

La introducción de organismos exóticos, provoca la alteración del equilibrio ecológico, y en muchas ocasiones estas especies compiten con las autóctonas desplazándolas; en los casos más extremos podemos hablar de especies invasoras, que se aclimatan perfectamente al nuevo ambiente y se reproducen rápidamente. Muchas de estas especies están siendo introducidas por las prácticas de jardinería actuales, es el caso de algunos cactus, especies cespitosas, eucaliptus o plantas acuáticas que están constituyendo los principales problemas de gestión para muchos espacios naturales. Como uno de los casos más flagrantes, podemos citar las plantas crasas conocidas como diente de león o uña de gato, especies del genero *Carpobrotus* que se usan habitualmente en muchos jardines y que invaden muchos espacios como las dunas litorales cubriendo grandes superficies de donde eliminan la flora local, en el mejor de los casos, la solución a estos problemas pasa por gastar grandes sumas de dinero eliminando manualmente las plantas invasoras.

En otras ocasiones los organismos son introducidos inconscientemente, invertebrados, hongos o microorganismos que acompañan a estas plantas exóticas.

Biodiversidad



Continuamente aparecen nuevas plagas para las plantas que tienen este origen. La jardinería mediterránea ecológica elimina la posibilidad de generar estos problemas en el entorno, ejerciendo además un efecto positivo para la conservación de los ecosistemas originales en su integridad y no solamente por la reproducción de los vegetales que nosotros podamos plantar. Si proyectamos un hábitat natural, poco a poco será colonizado por los organismos que le son propios, y por si mismo se generará un equilibrio ecológico que de forma natural evitará plagas o necesidades de aportar nutrientes externos.

Un ejemplo especialmente interesante a tener en cuenta sobre el beneficio de este tipo de jardines sobre la biodiversidad en general, es el efecto que pueden tener algunas de estas zonas como áreas de reposo y recuperación para las aves en viaje migratorio. Nuestro litoral se encuentra en plena vía migratoria para gran cantidad de aves que anualmente se mueven desde África a Europa y viceversa. Estas especies requieren zonas donde poder descansar y reponer fuerzas para continuar el viaje, es fácil entender la precaria situación en la que se encuentran en la actualidad, con un litoral alterado en su inmensa mayor parte. Un buen jardín ecológico puede acoger estas aves y contribuir de forma importante a la conservación de sus poblaciones a nivel global.

Se propone un modelo de jardinería que genera espacios vivos.



Residuos Sólidos

5. Eliminación de residuos sólidos de jardinería.

La sociedad actual genera una gran cantidad de residuos sólidos cuyo tratamiento constituye uno de los principales problemas ambientales a los que deben enfrentarse las administraciones responsables. Una parte importante de esos residuos, es la compuesta por restos vegetales provenientes de los recortes y la poda de los jardines. Esta fracción de las basuras se apila en los contenedores habituales, donde se mezcla con las otras fracciones, restos de comida, plásticos, etc. con lo cual todo acaba convertido en residuos sucios, inútiles y caros de eliminar. En otros casos, y lo que todavía es peor, los restos vegetales se tiran en barrancos y espacios naturales, alterando de forma importante la composición florística original.

La jardinería mediterránea ecológica y los residuos sólidos:

El modelo propuesto pretende imitar a la naturaleza, donde de una forma u otra, la materia se recicla por el mismo sistema y por tanto no se generan residuos sobrantes de los cuales haya que desprenderse.

En general, en una zona verde formada por plantas autóctonas no debe generarse más masa vegetal que la deseable para una formación equilibrada de sus vegetales, si regulamos convenientemente el agua de riego las plantas no crecerán en exceso y a cambio tomarán portes naturales que normalmente son los más estéticos y eficaces para cada especie y sus usos en jardinería. Tomemos por ejemplo un lentisco situado a pleno sol en un jardín de zona cálida, si le aplicamos riegos adicionales, este crecerá excesivamente, tomará formas poco equilibradas y será necesario podarlo para mantenerlo en un espacio razonable, produciendo por tanto un buen volumen de restos de poda. Si por el contrario apenas aportamos agua extra al lentisco, este tomará un hermoso porte semiesférico y se mantendrá en un tamaño adecuado, prácticamente no tendremos que podarlo y por tanto no generaremos residuos. De todas formas, en muchas ocasiones, bien para mantener la vegetación verde en verano, o incluso para evitar riesgo de incendios en jardines tupidos de vegetación,

Residuos Sólidos



es necesario regar un poco más de lo deseable para la formación, con lo que las plantas crecen en exceso y hay que podar algunos ejemplares. La mejor forma de tratar estos restos vegetales es devolverlos al suelo, bien levemente fracturados o bien triturados con una maquina trituradora, en cualquier caso como ocurre con los ecosistemas naturales, los restos vegetales pasan a formar parte del ciclo de nutrientes, y con el tiempo acaban por constituirse en abono para las plantas del jardín. La restitución de los restos de poda al suelo del propio jardín, además de eliminar la generación de basura, es un excelente método para mantener un suelo vivo, bien estructurado, en el cual además existen muchos menos problemas de invasión de plantas no deseadas.



Productos Químicos

6. Minimización en el uso de biocidas en jardinería.

En los últimos años se ha generalizado el uso de productos químicos para cualquier actividad relacionada con las plantas, hasta tal punto que muchas personas creen que es imprescindible su uso para la vida de las propias plantas. Hoy, salvo en cultivos ecológicos, se hace impensable mantener una finca agrícola o una zona verde sin el uso de herbicidas, insecticidas, fungicidas, abonos químicos, etc. y estas sustancias, que habitualmente son nocivas para el medio ambiente resultan una de las principales amenazas a las que se enfrenta la conservación de la naturaleza, incluso en espacios protegidos, vemos como el suelo de grandes superficies agrícolas, huertos y jardines, tiene cada vez más el aspecto del hormigón, no alberga vida.

El injustificado afán por mantener “limpios” los espacios verdes está llevando a paradojas como que jardines, que en principio se proyectan como espacios para que el ciudadano encuentre ambientes limpios donde apartarse de los ambientes urbanos contaminados y pueda mejorar su calidad de vida y su salud, están bañados en productos químicos muchos de ellos nocivos para las propias personas, es un caso equivalente al de acudir a un hospital para solucionar una infección y acabar con una infección aún mayor contagiada en el propio hospital.

Hay que añadir el hecho de que normalmente los efectos negativos de estas sustancias se hacen evidentes a largo plazo, tanto en el medio ambiente como en las personas, por lo que, especialmente en lugares destinados al descanso y el ocio como suelen ser los jardines, la mejor situación es aquella que evita el uso de cualquier producto no natural.

Los abonos químicos, aunque menos nocivos para los seres vivos, provocan el desequilibrio en el suelo natural y acaban contaminando gravemente los acuíferos, como ya ha ocurrido en muchas comarcas valencianas cuyas aguas subterráneas ya no son potables, por tanto una zona verde respetuosa con el medio ambiente, debe tender también al menor uso posible de estos productos.

Productos Químicos

La jardinería mediterránea ecológica y los productos químicos:

Se plantea la creación de zonas verdes que funcionen de forma equilibrada, como un ecosistema natural, un concepto integral tanto de la jardinería como de la agricultura es que no se trata de eliminar las plagas sino de convivir con ellas, procurando que las poblaciones se mantengan dentro de unos límites no problemáticos. La mejor manera de lograrlo es generar un ambiente natural y mantenerlo sano, usando la menor cantidad de productos químicos posible, hasta permitir que las diversas especies de seres vivos propios del ambiente proyectado vayan ocupándolo. De esta forma, la propia naturaleza irá encontrando el equilibrio, se establecerán depredadores que mantendrán a raya a las posibles plagas y al igual que ocurre en la naturaleza en ningún caso se pondrá en peligro el sistema.

En este sentido resulta muy importante, en caso de ser posible, la instalación de un estanque en el jardín, además de la agradable sensación de frescor que siempre proporciona la presencia de agua en un jardín mediterráneo, un estanque donde también permitamos el establecimiento de los organismos propios de estos hábitats acuáticos, facilita una gran diversidad de animales que ayudarán a mantener controlados a muchos invertebrados, los anfibios, entre ellos sapos y ranas, son grandes aliados del jardinero.

A pesar de todo, en los primeros años tras el establecimiento de un jardín, puede ser necesario tratar algún tipo de plaga que ponga en peligro la sanidad de los vegetales, en este caso, es muy importante plantear tratamientos permitidos en producción agrícola ecológica, puesto que precisamente persiguen resolver estos problemas con el menor grado posible de toxicidad ambiental. Aunque todavía no de forma mayoritaria, podemos encontrar bibliografía relativa a estos tratamientos y algunas líneas de productos fitosanitarios específicos para agricultura biológica. En lo referente al uso de abonos químicos, lo primero que hemos de tener en cuenta es que el suelo no está formado solamente por tierra, sino que en realidad es un complejo sistema biológico compuesto por millones de especies de seres vivos que



Productos Químicos

forman parte fundamental en el ciclo de nutrientes. De la misma forma que en un ecosistema natural no necesita abonos, un jardín con un suelo bien establecido no debe necesitar aporte externo de nutrientes. Si aplicamos las técnicas mencionadas, no aportamos productos químicos y reincorporamos los restos vegetales al mismo, no tardaremos en restaurar un suelo de estas características. En el caso de que sea necesario aportar tierra vegetal para la construcción del jardín, o relleno de jardineras, hay que procurar que esta provenga de espacios no contaminados con herbicidas y otros productos, puesto que de lo contrario, será necesario mucho más tiempo para conseguir un suelo maduro y equilibrado.



Educación Ambiental

7. Aproximación del ciudadano al medio natural de su entorno.

La sociedad actual se caracteriza por un alejamiento del ciudadano respecto de la naturaleza y los procesos ecológicos, muchas personas, especialmente las que viven en grandes ciudades, apenas tienen contacto con la naturaleza, de hecho, para mucha gente resulta tan natural un espacio compuesto con palmeras del genero *Washingtonia* y con céspedes propios de climas Atlánticos como un reducto de bosque de carrascas y por supuesto, ya se ha encargado la publicidad de que el primero parezca más agradable.

Resulta evidente la dificultad de preservar la naturaleza valenciana a espaldas de una sociedad que no conoce su propia naturaleza y que por tanto no entiende la necesidad de hacerlo. En estas circunstancias, la educación ambiental se convierte en una herramienta indispensable, hay que informar al ciudadano moderno de que nuestra salud y nuestra calidad de vida depende irremisiblemente del estado de los ecosistemas, pero estos discursos que resultan tan evidentes desde el punto de vista científico, son difíciles de entender para el habitante de una gran ciudad cuyo ecosistema preferido, probablemente, sean unos grandes almacenes.

Acercar la naturaleza al ciudadano es una posibilidad para que este tenga contacto directo con los seres vivos de nuestra fauna y flora, solo así estará preparado para una educación ambiental necesaria.

La jardinería mediterránea ecológica y la divulgación ambiental:

Un jardín mediterráneo ecológico puede tener juegos infantiles, fuentes, bancos, papeleras y por supuesto jardineras, pérgolas, arriates, viales y todos los elementos necesarios para diseñar un jardín atractivo según los gustos y las necesidades de los vecinos de la zona.. Estos, como suele ocurrir utilizarán habitualmente el jardín, pero a diferencia de otros modelos, en nuestro caso, estarán inmersos en una reproducción



Educación Ambiental

de paisaje valenciano, estarán rodeados de los verdes de nuestra vegetación, sentirán los perfumes de las plantas mediterráneas y oirán los cantos de nuestros pájaros. Los vecinos de este barrio sabrán reconocer las ventajas de la naturaleza genuina.

Otro aspecto de la función divulgadora del modelo propuesto, está más estrechamente relacionado con la educación, para maestros y educadores será una gran ventaja disponer de recorridos establecidos en jardines con flora autóctona, donde poder hacer excursiones e impartir su docencia de ciencias naturales o educación ambiental.

Por último tener en cuenta que los jardines establecidos ejercen un notable efecto de ejemplo para que particulares o incluso administraciones se planteen optar por la misma opción. Un espacio bien diseñado con plantas autóctonas y un mantenimiento adecuado, adquiere un esplendor que nunca pasa desapercibido.



Paisajismo

8. Integración paisajística de áreas urbanizadas, vías de comunicación e infraestructuras: Mitigación del impacto urbanístico.

En apenas 50 años, hemos pasado de ser un país pobre y desolado tras una guerra civil, con recursos escasos hasta para subsistir, a una sociedad plenamente integrada en Europa y octava potencia económica del planeta.

Sin duda esta evolución tan rápida ha ocasionado problemas de todo tipo, y concretamente en la Comunidad Valenciana, a los problemas comunes con el resto del país hay que sumarle otros problemas derivados de la afluencia masiva de visitantes provocada por el turismo. No solamente el turismo vacacional, sino también el turismo residencial, pues son miles los que eligen nuestras tierras para residir en los meses fríos y de esta forma aprovechar el verano para alquilar sus propiedades a otros turistas, mientras ellos visitan a sus familiares en sus respectivos países. Esto ha ocasionado la proliferación de numerosas urbanizaciones con cientos de miles de casas unifamiliares, cada una con su pequeño jardín.

En nuestra sociedad actual, a esta presión turística y residencial, se le añade la necesidad de que todas estas viviendas tengan servicios, como vías de comunicación, infraestructuras de todo tipo, gasolineras... lo que ha ocasionado que estemos prácticamente en el punto límite antes de perder nuestro paisaje y nuestras señas de identidad propias.

Es urgente actuar desde diferentes ámbitos para mitigar en lo posible este peligro, pues de no ser así, a medio plazo nos convertiremos en una sociedad sin personalidad propia y sin vestigios de nuestra inmensa riqueza acumulada a través de siglos, pues no olvidemos que por nuestras tierras han dejado su huella iberos, fenicios, romanos, cartagineses, árabes, etc...

No es necesario renunciar a esta fuente indudable de riqueza que es el turismo, no solo económica, sino multicultural y multiétnica, al contrario los atractivos turísticos de nuestra tierra permanecerán o incluso mejorarán si planificamos desde la óptica del desarrollo sostenible, si procuramos que las futuras generaciones tengan un mundo mejor y no nos basamos únicamente en el enriquecimiento personal, rápido y especulativo, de tierra quemada, sin tener en absoluto en consideración, el futuro de nuestros descendientes.



**L'Albarda,
una experiencia piloto**

L'Albarda, una experiencia piloto

El nacimiento del Jardín de L'Albarda viene marcado por las vicisitudes de mi vida y por la suerte. Licenciado en Ingeniería Química Industrial, nunca ejercí la profesión, dedicándome al mundo de la empresa; esta particularidad me permitió retirarme de los negocios a una edad temprana para dedicarme a mi verdadera vocación: viajar y conocer la naturaleza de nuestro planeta. Trascurridos dos años, establecido temporalmente en Brasil, y a pesar de estar enamorado de la naturaleza de ese país, comprendí que el paraíso que buscaba se encontraba en el Mediterráneo, cuna de nuestra civilización, con una naturaleza amable, exuberante, diversa, aromática... En consecuencia, dentro del Mediterráneo qué mejor que encontrarme con mis propias raíces volviendo a Valencia, de la que añoraba su clima, su paisaje tradicional, sus antiguas masías y alquerías, su gastronomía...

Con la finalidad de establecerme definitivamente, comencé a buscar en los alrededores de la ciudad, en plena huerta, una finca antigua con jardín histórico; debía ser un terreno agrícola, con naranjos, con jardín cerca de la casa, y que recogiera todo el saber jardinero y agrícola de nuestros antepasados; debía reflejar nuestra idiosincrasia valenciana. Visité fincas en Náquera, Puçol, Alborai, Alzira, Carcaixent, Picanya, y a

pesar de ser una buena época para comprar, en plena crisis económica de los años 80 y con una burguesía agrícola en recesión que no valoraba estas fincas por sus altos costes de mantenimiento, todas ellas tenían importantes inconvenientes, ya fuese por estar rodeadas de edificaciones, de fábricas, de carreteras, o por estar ubicadas en paisajes degradados. De modo que busqué en otras zonas, como la Marina Alta, comarca de la que conservaba un especial recuerdo, pues de niño veraneaba en Xàbia. Pero para mi sorpresa, esta comarca tenía problemas parecidos a los de L'Horta, con fincas semi-abandonadas, parceladas o rodeadas de urbanizaciones.

Decepcionado, decidí olvidar la idea de comprar una finca histórica y opté por empezar desde cero. Podría plasmar el paraíso que bullía en mi imaginación. Busqué por la comarca y, obviamente, debía aprovechar la belleza del *Montgó* y su Parque Natural. Mi única condición era encontrar una finca puramente agrícola con un paisaje no degradado, y que a ser posible tampoco lo estuviera en el futuro.

Finalmente, pude comprar unos bancales de limoneros en la partida de la Albardanera, término municipal de Pedreguer, en el valle formado entre los pueblos de la Xara y Jesús Pobre,

con una superficie de unos 20.000 m² y cuyo terreno formaba parte de una finca mucho mayor. El propietario había fallecido recientemente y sus herederos decidieron vender con urgencia para resolver los típicos problemas de reparto de herencia, precisamente uno de los males endémicos de la agricultura valenciana, que producen minifundios agrícolas poco productivos.

Parte de la finca lindaba con una urbanización llamada "La Sella". Esta parte estaba cubierta de restos de piedras sobrantes de la transformación del terreno en bancales, y debido a



L'Albarda, una experiencia piloto

que los primeros habitantes de la urbanización usaban esa zona para tirar los escombros al transformar sus parcelas, el terreno estaba en condiciones lamentables. Sin embargo, decidí comprarlos, porque a la derecha, desde dichos bancales, se veía una espléndida vista del Parque Natural del Montgó, y a la izquierda se divisaba una franja de mar del Golfo de Valencia, que en días claros permitía contemplar las montañas de Cullera y Sagunt. En dichos terrenos la única vegetación existente, además de los limoneros, era un pino, una coscoja centenaria y unos cuantos olivos en muy mal estado.

Una vez encontrados los terrenos adecuados, el siguiente paso era la construcción de la casa; el hogar en el que deseaba reflejar aquella herencia romana, árabe y valenciana. En consecuencia, debía ser de planta cuadrada, con patio central, porche con columnas, muros de carga de medio metro de espesor y el exterior estucado con colores tierra tradicionales de la zona. Me decidí por el color rojizo tierra. Sería una casa de estilo tradicional valenciano, rodeada de un pequeño jardín formal en medio de un huerto de cítricos.

Llevar adelante el proyecto fue problemático debido a la dificultad que suponía encontrar un buen arquitecto que se amoldase a mis pretensiones. Trascurridos cinco años, y después de rechazar cuatro proyectos de otros tantos profe-

sionales, finalmente contacté a través de unas amistades con un buen arquitecto, que no siendo célebre aceptó llevar a cabo mi idea, a pesar de dejar su impronta más contemporánea en alguna de las fachadas de la casa y en algunos detalles del interior, los cuales he ido modificando en lo posible con el transcurso del tiempo.

Hasta ese momento la entrada principal al terreno se realizaba por caminos rurales en mal estado de conservación, por lo que la entrada a la finca resultaba incómoda. Este inconveniente me motivó a comprar unos terrenos que me permitieran acceder desde la urbanización “La Sella”, y con esta intención conseguí que me vendieran una pequeña parte de una parcela mayor, con una



superficie de unos 50 m de largo por 12 m de ancho, que no tenía más que unos cuantos olivos abandonados desde hacía mucho tiempo.

A pesar de todas las dificultades, a finales del año 90 concluí la construcción de la casa y de la zona de la piscina. Por otra parte, para ganar tiempo, a la vez que se edificaba la casa empecé con la construcción del jardín.

Era el primer jardín que hacía en mi vida, pero tenía claro su diseño. Al lado de la casa quería tener una zona de jardín formal, un camino central de entrada donde hacer un pequeño aparcamiento para el coche, alejado y oculto a la vista desde la casa, y mantener los huertos de limoneros para



L'Albarda, una experiencia piloto

que no perdiera el carácter de casa de huerto.

Los terrenos sobrantes, quería fundirlos con el paisaje y hacer un jardín silvestre con plantas de montaña. El terreno estaría vallado con muro de piedra de la zona, para una mejor integración con el entorno y para evitar problemas con los vecinos. Para el terreno dedicado al jardín, diseñé una pequeña parcela de jardín formal con una fuente central, parecida a las que había visto en los jardines árabes, en cuyas aguas se reflejara la casa y las plantas que lo rodeaban. El resto de la zona ajardinada, unos 4.000 metros, quería que fuese de estilo natural, es decir silvestre, donde hubiese una charca rodeada de piedras de la zona, para albergar anfibios y plantas acuáticas.



El diseño del jardín estaba claro, pero no tanto las especies de plantas que quería que lo poblasen. Busqué asesoramiento contactando a través de amistades con un estudiante de la Escuela de Capataces Agrícolas de Catarroja: Salvador Pastor Miró, especialista en jardinería, para que llevara la dirección de obra de la construcción del jardín. Este estudiante era amigo de Juan José Todolí, compañero de estudios en Catarroja y propietario de Viveros Todolí en Palmera, pueblecito cercano a Gandia. Ambos eran partidarios de ajardinar con planta autóctona, cosa que por entonces era algo insólito.

Como Todolí estaba en sus comienzos y no tenía ningún jardín para mostrar, le acompañé

en sus caminatas por la montaña para recoger semillas y a la vez ver las diferentes plantas que se introducirían y reproducirían en el jardín. Por desgracia, como todo el mundo, tenía en mente las plantas que deseaba tener en el jardín: aquellas que siempre me habían gustado, araucarias, ficus, palmeras, cipreses... Con el tiempo las palmeras las dejé únicamente en el jardín formal y los ficus acabé eliminándolos. En el caso de las araucarias, aunque son de origen chileno, desde hace cientos de años son tradicionales en los jardines de las "casas huerto", e integradas en el jardín formal le dan un aire tradicional. Los cipreses son un símbolo entre los árboles del mediterráneo, y aunque en España se relacionan con los cementerios, es un árbol que ya usaban los romanos en la entrada de sus casas como signo de bienvenida



L'Albarda, una experiencia piloto

a los visitantes. Se plantaron junto con los olivos abandonados de la entrada de forma que marcaran el camino hasta la casa, consiguiendo un contraste del verde del ciprés con el gris del olivo, que hacía que la entrada quedara preciosa. Fue un error dejar los olivos, ya que son de difícil recuperación para conseguir una bonita alineación. De esto obtuve una lección: siempre es mejor recurrir a una planta joven, ya que al cabo de diez años el árbol joven tendrá un porte sano y vigoroso, mientras que el árbol adulto trasplantado habitualmente tendrá un aspecto enfermizo.

La belleza de las plantas autóctonas consiguió convencerme, y junto a Todolí hice la



elección de aquellas que definitivamente poblarían el jardín.

Por entonces Juan José Todolí y Salvador Pastor estaban empezando a hacer jardines y lógicamente les faltaba experiencia. Como en aquella época ya se tenía en cuenta el no despilfarro de los recursos naturales, me aconsejaron poner un ordenador que controlaría una red de tuberías enterradas de la cual saldrían goteros capilares a las diferentes plantas y árboles. En las zonas de jardín formal los setos se regarían con goteros de superficie, y los parterres mediante un sistema de riego a manta.

Recién terminada la plantación, el aspecto del jardín era más bien deprimente, ya que únicamente asomaban las varitas de las plantas y árboles autóctonos de porte pequeño, con hierbas no deseadas que crecían alrededor de los goteros. Como junto a estas hierbas se encontraban las otras plantas y era insostenible el uso de herbicidas, las quité manualmente, a pesar del escepticismo de mis caseros, Juan y Carmen, que auguraban una labor interminable.

Al cabo de seis meses el ordenador comenzó a dar problemas, los goteros se obturaban por la cal del agua, y en otras zonas donde no había goteros el terreno estaba seco completamente. Por entonces, las primeras plantas empe-



zaron a crecer, y exceptuando los setos que tenían goteros muy juntos, el resto de vegetación estaba sedienta. Este inconveniente me condujo a prescindir de esos tipos de riego, y opté por instalar tomas de agua para mangueras. De esta forma, se regaba los setos y naranjos con riego por goteo, y el resto con manguera. Sin duda, esta decisión avivó la belleza y encanto del jardín.

Trascurrido un año y con la llegada de la primavera, las jaras empezaron a florecer y a reproducirse de forma espontánea. A la siguiente primavera, es decir dos años después de la plantación, aunque joven, ya prometía y empezaba a cumplir una función estética, dejando patente que en poco tiempo acabaría siendo un jardín espléndido.

L'Albarda, una experiencia piloto

Una de las cosas que más me sorprendió cuando compré los terrenos, era la casi ausencia de vida animal; solo algún pájaro y algún lagarto ocelado. No había lagartijas, saltamontes, mariposas... Tratándose de una zona de huertos de naranjos, deduje que se debía a la fumigación y que prácticamente había acabado con buena parte de la fauna.

Sin embargo, en 1.995, a los cinco años de vida del jardín, éste empezaba a estar vivo. Había introducido más diversidad de plantas y advertí que cada una llevaba asociados varios animales. Gracias a no haber usado ningún tipo de tratamiento contra plagas, pude observar la increíble belleza del jardín y de su fauna: comenzaba a estar lleno de vida.

Debo hacer una mención especial a mi casera, Carmen Escrihuela, por su sabiduría popular y su amor por la naturaleza. Ante mi escepticismo inicial, con su marido y una azadita se propuso salvar las plantas que iban a desaparecer sumergidas en el cemento de la urbanización vecina; estas plantas no se comercializaban y era una forma de aumentar la diversidad del jardín. Carmen es una persona con un don, lo que llaman manos verdes, pues prácticamente todos los replantes arraigaban, incluso mucho mejor que las plantas procedentes de vivero. La mayoría de éstas, siendo criadas en unas condiciones artificiales, morían al ser trasplantadas.

Un gran número de viveros de producción cultivan las plantas para que crezcan rápido y sean compradas por su apariencia, sin considerar la dificultad de enraizar en el medio natural.

Para mi fué un descubrimiento ver un jardín vivo y que evolucionaba por si mismo. Me di cuenta que en vez de intentar dominar la naturaleza, en cuyo empeño el hombre ha estado afanado durante siglos sin haberlo conseguido, cada paso que se da a su favor ella lo agradece multiplicado por cien. Estaba maravillado al ver cómo las plantas se reproducían de una manera natural y cómo nacían espontáneamente. Las nuevas estaban mucho más hermosas que sus progenitoras; las semillas, por selección natural, habían prosperado eligiendo su hábitat óptimo. Incluso facilitando las condiciones necesarias para su evolución: riego y terreno adecuado, ubicación en sol o sombra... y que coincidiera con la idea estética, es muy difícil acertar el hábitat perfecto; sin embargo, si es la propia planta la que lo elige está garantizado su desarrollo, llegando a ser el ejemplar mas bonito de su especie.

Poco a poco, me percaté que el hombre olvida que forma parte de la naturaleza. Por supuesto que somos unos soberbios predadores capaces de sobrevivir prácticamente en cualquier hábitat, pero esto no indica que nuestra inteligencia sirva para mucho más que ser los animales

racionales más temibles para el resto de especies y el planeta en su conjunto. Que hayamos avanzado socialmente, que la medicina haya mejorado y nuestras expectativas de vida sean cada vez mayores, no significa que hayamos conseguido una mayor calidad de vida si olvidamos que formamos parte de un medio que destruimos sistemáticamente mediante un continuo "desarrollo" no sostenible. Prácticamente en un siglo hemos transformado el planeta a nuestro capricho y cortos intereses, y esto nos lleva inevitablemente a la destrucción de nuestro propio hábitat, tan hermoso pero a la vez tan delicado.

Quería transmitir estas reflexiones para que el conjunto de la sociedad asumiera que somos el único ser vivo del planeta que no respeta su hábitat, que es lo suficientemente egoísta y corto de miras como para no importarle el estado en que lo deja a sus descendientes, que no quiere entender que el planeta es un sistema vivo en perfecto equilibrio formado durante millones de años de evolución, que ni siquiera el animal menos inteligente es capaz de hacer los cambios que el hombre ha llevado a cabo tan alegremente, en teoría usando la inteligencia. Debemos combatir este falso desarrollo que nos lleva a la autodestrucción. Estamos obligados a no perjudicar el equilibrio natural y adquirir un compromiso de respeto con la naturaleza. Sólo de este modo alcanzaremos la verdadera calidad de vida y la protección del planeta.

L'Albarda, una experiencia piloto

¿Qué podía hacer yo? ¿Cómo comunicar lo que estaba viendo en mi jardín? ¿Cómo enseñar a cambiar las actitudes del ser humano frente a la naturaleza?

En busca de respuestas, me asocié a grupos ecologistas, pero pronto advertí que estaban politizados. Estos grupos eran utilizados como trampolín político por algunos de sus dirigentes para alcanzar cuotas de poder o conseguir algún empleo relacionado con el medio ambiente. Y aunque sus fines son muy loables, no creo que se deba mezclar la lucha política con la protección de la naturaleza, pues es patrimonio de todos, y en consecuencia todos debemos colaborar en su conservación, al margen de cualquier ideología política.

Esta vía no me convenció, por lo que opté partir de cero. Elegí un camino más largo pero más eficaz: intentar mentalizar a la sociedad persona a persona.

A través de la lectura y de mis viajes, he observado que los países que tienen una mayor conciencia social respecto a la conservación de la naturaleza lo han logrado porque la sociedad civil ha luchado a través de fundaciones privadas sin ánimo de lucro ni intereses políticos. Conservan su naturaleza fomentando el respeto al medio ambiente, de manera generosa, sin esperar nada a cambio, ya sea un empleo, poder político, motivos económicos.

Juntando los esfuerzos de muchas personas altruistas se pueden conseguir enormes logros.

El concepto de desarrollo implantado en nuestro país: más carreteras, más servicios, más comodidad, más mecanización, derribo de lo antiguo... conduce a la sociedad civil a pensar que este tipo de modernidad significa más desarrollo económico y bienestar para los ciudadanos, si bien esto no es así. Este falso desarrollo puede ser cierto a muy corto plazo; pero debemos ser conscientes que trascurridos unos años la calidad de vida es cada vez peor para el conjunto de la sociedad, creándose situaciones de imposible solución. Por mucho que se amplíen las carreteras arrasando el paisaje y destrozando el hábitat de otros seres vivos, el tráfico, accidentes, gasolineras, el ruido y la contaminación... aumentan de forma exponencial en cualquier rincón de nuestra geografía.

Meditaba sobre estos pensamientos cada vez que disfrutaba del jardín. Veía cómo la naturaleza lo iba desarrollando de manera armónica y natural, haciéndolo mucho más hermoso de lo que había imaginado... Con mis escasos conocimientos sobre botánica y biología, había conseguido un jardín bello y ecológico, simplemente dejando a la naturaleza desarrollarse libremente, albergando la máxima diversidad posible. Pensé que si el hombre dejaba a la naturaleza unos espacios con la máxima protección posible para

que evolucionara a su ritmo natural, estos espacios podrían servir como laboratorio de investigación para que expertos y científicos pudieran realizar estudios partiendo de un desarrollo natural, sin intervención humana.

Gracias a que por suerte disponía de una holgada situación económica, me planteé crear una Fundación que sirviera de modelo a la sociedad civil, con unos objetivos claros, concretos y prácticos. Barajé la posibilidad de involucrarme en diferentes proyectos, todos ellos muy atractivos, pero una vez tuve claro crear la Fundación, decidí que tendría dos objetivos básicos, a fin de no dispersar los recursos disponibles.

Estos objetivos serían:

1. Comprar terrenos no degradados y con extensión suficiente para devolverlos a la Naturaleza, no permitiendo la intervención humana, salvo para su contemplación y estudio.

2. Divulgar la jardinería mediterránea ecológica mediante la organización de visitas al jardín de L'Albarda para mostrar a los visitantes que nuestras plantas autóctonas son aptas para cualquier tipo de jardinería, ya sea formal, silvestre..., o bien para crear espacios como rocallas, umbráculos e invernaderos, como tiene cualquier gran jardín histórico. De esta forma, el jardín podía

L'Albarda, una experiencia piloto

convertirse en un aula didáctica viva. Por comparación, cualquier visitante podría decidir qué tipo de jardinería se acoplaba más a su ideal, y ver con sus propios ojos la diferencia entre los jardines autóctonos ecológicos y los jardines exóticos imperantes en la actualidad, fruto de la oferta del mercado y de las modas exhibidas en cine y televisión.

Una vez claros los objetivos, contacté con el entonces director del Jardí Botànic de Valencia, D. Manuel Costa Talens, actual vicerrector de la Universitat de València, quien no viendo desatinada mi idea, la abrazó con entusiasmo. Después de varias reuniones y con el asesoramiento técnico adecuado, perfilamos los estatutos de la Fundación, firmándose ante notario la constitución oficial el día 14 de junio de 1996.

El órgano rector de la fundación es el patronato, que en la actualidad se compone de los siguientes miembros:

Presidente:	Sr. Enrique Montoliu Romero
Patronos:	Sr. Manuel Costa Talens
	Sr. Jaime Güemes Heras
	Sr. Juan José Todolí Cervera
	Sr. Vicente Yuste Ramón
	Sr. Fernando Villalonga Campos
	Sr. Joan A. Llinares Gómez
Secretario:	Sr. Eduardo José Sabater Navarro
Asesor:	Sr. Joan Baptiste Miguel Gil

Constituida la Fundación, había que comprar unos terrenos lo mejor conservados posibles y que sirvieran para cumplir con nuestro objetivo. Nunca imaginé que esta tarea fuese tan difícil y complicada. Se exploró casi toda la geografía valenciana, excluyendo el litoral por las dificultades económicas que suponía encontrar una extensión grande a orillas del mar. Examinamos diversas zonas, y advertimos con sorpresa que era muy difícil comprar terreno rústico; sus propietarios, aunque sacaban poco provecho económico, pensaban que algún valor oculto debían tener cuando alguien estaba interesado en comprar algo que no producía nada.

Finalmente nos decantamos por unos terrenos en la Tinença de Benifassà, en el Maestrazgo castellonense, pues había masías con gran extensión de terreno. Tuvimos la suerte de que los propietarios de los terrenos que más nos cautivaron, muy cerca del pueblecito de Fredes, fuesen entidades bancarias, con las que fue posible ajustar el precio de compra. Su superficie, de unas 230 hectáreas, era suficientemente grande, albergando diferentes ecosistemas dada su orografía, ya que iba desde los 1.300 metros de altura sobre el nivel del mar hasta los 700 metros en los barrancos más profundos. Además, tenía la ventaja de lindar con terrenos públicos de la Generalitat Valenciana, con lo que la superficie de terreno protegido era considerable. Posteriormente, conseguimos comprar otra finca colindante de 50 ha

Formalizada la compra, solicitamos los máximos grados de protección para estos terrenos, agrupados en lo que hoy día se denomina Reserva Biológica del Mas del Peraire. En la actualidad la Generalitat Valenciana, ha creado el Parque Natural de la Tinença de Benifassà, donde el terreno patrimonio de la Fundación constituye el núcleo más adecuado para la investigación y con mayor protección dentro del parque.

El otro objetivo de la fundación era la divulgación de la jardinería mediterránea ecológica, y el jardín de L'Albarda era fundamental.

Era el año 1996. La primera fase del jardín, formado por el jardín formal y el jardín silvestre, ya tenía 6 años y estaba empezando a consolidarse. Para mis necesidades particulares ya era suficientemente amplio para su disfrute; pero acabada de crear la Fundación pensé que para cumplir con el objetivo previsto debería tener una superficie de unos 50.000 m², que dispusiera de espacios necesarios para que los visitantes vieran los diferentes tipos y posibilidades que tenía la jardinería mediterránea.

Por suerte, sobre el año 92 había comprado cuatro parcelas de la urbanización, unos 4.000 m² de superficie, y una finca rústica de naranjos de 18.400 m². De las parcelas de la urbanización, tres fueron compradas a una señora suiza, y la otra a un matrimonio también suizo; la finca rústica la

L'Albarda, una experiencia piloto

compré a la esposa del gerente de la urbanización. Esta última tenía una pequeña caseta utilizada los domingos para hacer la típica paella. En aquella fecha las adquirí con el ánimo de disfrutar de un ambiente privado. Creada la Fundación tuve claro que estos terrenos los dedicaría a la ampliación del jardín.

Las parcelas compradas a la señora suiza fueron las que iniciaron la progresión. Los terrenos no estaban vallados y, estando durante años en esa situación, los vecinos los utilizaban como vertedero. Aunque las parcelas tenían pino carrasco (*Pinus halepensis*) adulto, el resto de la vegetación estaba dominada por zarzamora (*Rubus ulmifolius*), algún lentisco (*pistacia lentiscus*), algarrobos (*Ceratonía siliqua*) silvestres, y algún que otro mirto silvestre que empezaba a tener porte arbóreo, por lo que nuestro primer trabajo consistió en sacar los escombros acumulados durante años, y quitar las zarzas y el resto de plantas invasoras, así como las hierbas no deseadas.

Este trabajo se efectuó durante fines de semana con el mayor mimo posible, por lo que llevó más de un año su limpieza. Concluida, y una vez valladas completamente las tres parcelas, procedí a aumentar la diversidad, tanto de árboles como de arbustos. Empecé con los árboles, introduciendo serbales (*Sorbus domestica*), laureles (*Laurus nobilis*), arces (*Acer granatensis* y *monspessulanum*), bojs (*Buxus sempervirens*), sabinas

(*Juniperus phoenicea*), enebros (*Juniperus communis*), fresnos (*Fraxinus ornus*), carrascas (*Quercus ilex*), quejigos (*Quercus faginea*), alcornoques (*Quercus suber*), madroños (*Arbutus unedo*), tejos (*Taxus baccata*), olivos silvestres (*Olea europea* Subsp. *Oleaster*), y algún algarrobo (*Ceratonía siliqua*). Evite plantar almez (*Celtis australis*), ya que siendo de rápido crecimiento con el tiempo se hacen ejemplares enormes, y dado que ya tenía varios en el jardín inicial preferí no plantar más.

En el caso de los arbustos y plantas de bajo porte, las especies introducidas en el jardín fueron, coscoja (*Quercus coccifera*), arrayán (*Ruscus aculeatus*), palmito (*Chamaerops humilis*), durillos (*Viburnum tinus*), labiérnagos (*Phillyrea latifolia* y *Phillyrea angustifolia*), espino albar (*Crataegus monogyna*), aladiernos (*Rhamnus alaternus*), mirtos (*Myrtus communis*), acantos (*Acanthus mollis*), brezo (*Erica multiflora*), diferentes jaras (*Cistus albidus*, *Cistus ladanifer*, *Cistus salvifolius*, *Cistus mospeliensis*), centaurea amarilla (*Blackstonia perfoliata*), lirio amarillo (*Iris pseudacorus*), nenúfar blanco (*Nymphaea alba*) autóctono de la marjal, romeros (*Rosmarinus officinalis*), tomillos (*Thymus vulgaris*), ajedrea (*Satureja montana*), salvia (*Salvia officinalis*)...

El diseño del paisaje lo planteé como un único espacio, tratando que su aspecto fuera lo más silvestre y natural posible. Los caminos serían como las sendas del monte, y que siempre hubiera



un camino corto y lógico para cualquier dirección que se quisiera tomar. En los claros habría rincones para utilizarlos como zonas de estar.

Asimismo, cuando se limpió el terreno, observé indicios de que debía haber grandes rocas prácticamente enterradas. Se me ocurrió sacarlas a la luz, limpiarlas de tierra y dejarlas a la vista para crear pequeñas rocallas donde introducir algunas plantas rupícolas.

En el extremo de la parcela lindante con la calle de la urbanización, excavé hasta metro y medio de profundidad para crear un estanque donde pudieran vivir anfibios. El agujero lo hice a mano, con paleta de las utilizadas en arqueología;

L'Albarda, una experiencia piloto



lo hice de esta forma para que las piedras quedaran en su estado natural, sin dañar las de mayor tamaño, ya que serían utilizadas como paredes del estanque. Hacer la cavidad me costó aproximadamente unos 8 meses, trabajando únicamente los fines de semana.

Con las piedras y la tierra que saqué para hacer el estanque, hice dos pequeños montículos para plantar aromáticas; uno de ellos lo usé como nacimiento de agua, para que una pequeña cascada fuese a parar al estanque. Hecho el hueco, impermeabilicé la superficie del fondo, y con una pequeña bomba y una manguera construí la fuente-cascada, de tal forma que el agua no quedaba estancada y a la vez creaba un paisaje más atrac-

tivo. Poco a poco, conforme aumentaba la diversidad en plantas, acudían nuevos animales asociados a ellas, y además fui introduciendo otros animales, por supuesto autóctonos.

En mi empeño por aumentar la diversidad, la Generalitat Valenciana me proporcionó 6 gallipatos (*Pleurodeles waltl*) con la idea de reproducirlos y soltar las crías para que vivieran en libertad. Para el criadero de gallipatos construí un pequeño estanque redondeado, en cuyas paredes coloqué material plástico para evitar que salieran de ese espacio, y lo cubrí, quedando a modo de pozo, con un armazón metálico disimulado con un alero de piedras, con el fin de paliar los rayos del sol evitando el calentamiento del agua y la putrefacción, ya que los gallipatos necesitan agua limpia y fresca. En un par de años crecieron, se emparejaron y criaron. Bastantes ejemplares fueron liberados en otros estanques. En la actualidad, hemos observado que se están reproduciendo en plena libertad; apenas se dejan ver, pues son más activos cerca de la puesta de sol, alimentándose de insectos y arañas, cumpliendo su papel biológico.

Siempre en busca de crear un paisaje imitando en lo posible el aspecto de un monte silvestre, estuvimos plantando durante dos o tres años en esta parcela plantas de diverso porte, procurando que no fuesen ejemplares adultos. Incluso plantamos algunos arces que no tendrían más de 10 cm de altura y cuatro hojas.

Una vez eliminadas a mano las zarzas y las hierbas adventicias y recuperado el terreno natural de la montaña, a la vez que se plantaban nuevas especies, surgían otras de forma espontánea, con la inestimable ayuda de los pájaros que diseminaban las semillas de las plantas ya adultas de la otra parcela. Así nacieron madroños, durillos, acantos, incluso un albaricoquero, de porte precioso, con una espectacular floración en primavera. Un árbol que nunca se ha podado y que produce multitud de deliciosos frutos que además son biológicos.

En la actualidad, esta parcela se desarrolla de forma espectacular, dando una idea de cómo debía ser antiguamente nuestro bosque, sin que la intervención humana provocara el predominio de unas plantas sobre otras y la consiguiente pérdida de diversidad de especies. Cada año elimino algunos pinos carrascos, favoreciendo que otras especies arbóreas introducidas vayan adquiriendo mayor porte.

Me gustaría recalcar que el riego es casi nulo, a excepción de los tejos, pues como es sabido necesitan estar en zonas más altas y con mayor humedad. Supongo que algún día desaparecerán por si mismos, demostrando que cada planta debe estar en su propio hábitat.

Acabados los trabajos en estas parcelas, empecé con aquella que adquirí al matrimonio suizo, de 1.580 m², situada al otro lado del camino

L'Albarda, una experiencia piloto

de entrada. Esta superficie, exceptuando la parte lindante con la urbanización que tenía un algarrobo y cuatro o cinco pinos carrascos, era una auténtico solar, con tierra de la peor calidad y sin una sola planta, salvo algunas hierbas. Habían nivelado el terreno con una máquina excavadora con la intención de que fuese ideal para los promotores de las urbanizaciones, que ofrecen a sus compradores parcelas sin desniveles perfectas para construir su casa, la piscina y cubrir con césped.



Qué diferente sería si estos ciegos promotores y vendedores trataran de conservar las parcelas urbanizadas en pleno monte con su cubierta vegetal, con sus piedras, plantas y desniveles, como se encuentran antes de su transformación en parcelas urbanizables. No solo ahorrarían gastos

de desmote, si no que podrían aprovechar las grandes piedras para ahorrar en cimentación, procurando adaptar la casa y jardín a su entorno. Casas integradas en el paisaje, con jardines vivos.

Los costes que se podrían ahorrar compensarían con creces una construcción beneficiosa para el entorno.

En países avanzados, por ley, en lo referente a la conservación de la naturaleza, antes de construir en una parcela, es de obligado cumplimiento respetar cualquier árbol que tenga un determinado porte y que exista antes de la construcción. Gracias a ésto se consigue un menor impacto en el paisaje, y aunque se urbanice, el daño producido a la naturaleza es inferior que con el sistema que se emplea en nuestro país. Aquí los promotores urbanísticos, una vez conseguida la licencia de obras, se consideran legitimados para arrasar el entorno con grandes máquinas, haciendo desmontes absurdos, carísimos y preocupándose tan solo de hacer casas cuanto más grandes y caras mejor.

Aprovechando el deterioro de esta parcela, me permití hacer un entorno más creativo. Tuve la suerte que sobre la superficie aplanada por las máquinas se veía una pequeña piedra de apenas 2 cm. de altura, que fui limpiando poco a poco hasta ver que se trataba de una losa continua, con una inclinación natural en dirección al mar,



L'Albarda, una experiencia piloto

y de la que destapé aproximadamente unos 250 m2. Sin duda, antiguamente, debía discurrir un barranco que recogía las aguas de lluvia de la montaña.

Se me ocurrió que al final de la losa de piedra podría hacer un pequeño estanque. Con las piedras que quité y la tierra retirada de la parte superior de la losa hice una montañita, desde la que surgía una pequeña cascada que vertía el agua que discurría por la losa hasta llegar al estanque. Para dar continuidad, construí un pequeño riachuelo de unos 20 cm. de ancho que, gracias a la pendiente natural del terreno, desembocaba a unos 40 m. en otro estanque mayor desde el que el agua recirculaba hacia la cascada superior mediante una bomba.

El estanque inferior de unos 10 m2, era de forma irregular y con la tierra extraída en la excavación hice dos pequeños montículos para crear diferentes alturas en el paisaje, siendo su aspecto mucho más natural.

Con la experiencia adquirida en la anterior plantación, introduje más o menos las mismas especies, incorporando alguna más, como el sauce autóctono, el gatell (*Salix atrocinerea*), precioso, de tronco múltiple, que crece muy rápido y que después de perder la hoja en febrero, comienza la floración, tras la que aparecen las nuevas hojas de color rojizo para después tornarse verdes. In-

troduje por todo el cauce un taray (*Tamarix canariensis*), adelfas (*Nerium oleander*) y granados (*Punica granatum*).

El granado es un árbol que se puede obtener prácticamente gratis, basta plantar un esqueje en invierno -una varita cortada en época de poda-, y en cinco o seis años el granado ya es adulto. Es un árbol bonito en todas las estaciones, en invierno se aprecia su tronco retorcido y en primavera los rebrotes son rojizos, tornándose al poco tiempo en verdes. En mayo, la floración es de un rojo único, transformándose en el transcurso del verano en la granada. Caído el fruto y ya en el otoño, sus hojas se tornan de un amarillo chillón que en contraste con otros árboles de hoja perenne conforman una gama de colores espectacular.

Añadí otros árboles frutales silvestres: una higuera (*Ficus carica*), un caquí (*Dyospiros caqui*), varios membrillos (*Cydonia oblonga*), un azufaifo (*Ziziphus jujuba*), evitando la poda para no dar el aspecto de árbol productivo, sino la de árbol de jardín que da frutos. Aprovechando uno de los laterales de los montículos, planté alguna chumbera (*Opuntia ficus-indica*) y una pitera (*Agave americana*), que siendo plantas foráneas, desde hace siglos forman parte del paisaje mediterráneo tradicional. Introduje un castaño (*Castanea sativa*), pero aunque no ha muerto apenas ha crecido por no estar en el hábitat adecuado, pues necesita de un clima más frío que el de Pedreguer en invierno.



En los dos estanques de esta parcela fueron plantados diversos tipos de plantas acuáticas y sobretodo mentas, de las que existen ocho o nueve variedades diferentes, cada una de las cuales se reproduce en su biotopo natural, algunas dentro del agua, otras en las orillas, incluso algunas a cierta distancia del riachuelo. En el estanque de la zona mas baja se plantaron cañas de diferentes especies, enneas (*Typha domingensis*) y juncos (*Scirpus holoschoelus*). Las dos primeras eran controlables, pero opté por eliminar los juncos ya que siendo planta invasora provocaba muchos problemas, además, su estética no era la esperada. También planté un aliso (*Alnus glutinosa*), y aunque al principio le costó adaptarse a nuestro clima, en la actualidad es un ejemplar

L'Albarda, una experiencia piloto

muy hermoso y que ayuda a crear diversidad.

Al poco tiempo sucedió lo mismo que en la parcela anterior, surgieron plantas nuevas procedentes de semillas. En la parte del riachuelo que estaba a la sombra brotaron helechos del tipo Cabello de Venus (*Adiantum capillus-veneris*) y especies poco comunes como la Flor de la Viuda (*Trachelium caeruleum*) con una floración violeta, preciosa y muy espectacular. Al crecer las plantas, los arbustos, y los árboles, introduje dos avellanos (*Corylus avellana*) y un acebo (*Ilex aquifolium*) en la zona húmeda de umbría.

Como ejemplo de lo interesante que es quitar a mano las hierbas no deseadas para respetar el resto de plantas que nacen desde semilla, tenemos el caso de un ciprés (*Cupressus sempervirens*) que nació entre las piedras del barranquillo que transcurre al lado del riachuelo. Este ciprés espontáneo tiene en la actualidad unos 7 años y una altura de entre 12 y 14 m. Acabará siendo enorme, y nuestro único trabajo ha sido dejarlo nacer.

En la actualidad, esta parcela está consolidada; no necesita ningún tipo de riego, exceptuando el abastecimiento del estanque por pérdidas de agua por evaporación, además de la que absorben las raíces de las plantas de ribera. Las plantas se reproducen en lugares adecuados y, exceptuando el fracaso del castaño, todas gozan de estupenda

salud y conforman un magnífico paisaje.

Al mismo tiempo que estaba terminando el trabajo anterior, empecé a estudiar cómo integrar los huertos de limoneros originales en el jardín formal que pretendía hacer alrededor de la casa y de la piscina. Pensé que en la parte formal podría construir un umbráculo y un invernadero; determiné colocarlos enfrentados entre sí al final de los huertos de limoneros, utilizando como eje la casa y la piscina. La idea era combinar el jardín formal con los huertos, tratando de mantener en todo momento el aspecto de casa rodeada de huerto.

Llegados a este punto debo mencionar el inestimable apoyo del patrono fundador y amigo Cento Yuste Ramón, artista polifacético cuya ayuda ha sido fundamental para plasmar en la realidad aquello que yo tenía en la imaginación, sobre todo en cuanto a proporciones, estilos, colores y conceptos.

Cento ya había colaborado pintando algunos frescos en el porche y salones de la vivienda. Gracias a él cambié los colores del interior de ésta, pues en mi afán por acabar cuanto antes todo lo que supone la construcción de una casa, había decidido pintar toda la planta baja y la escalera de un solo color amarillo claro. Era un color neutro que me solucionaba el no tener que

pensar en los colores adecuados. La vivienda cambió radicalmente al poner en cada estancia un color acertado, pasando de ser una casa de verano fría y distante a una casa acogedora, invitando a vivir en ella durante todas las épocas del año. Gracias a esta colaboración que se mantiene en la actualidad, el jardín en su conjunto ha ganado extraordinariamente, pues la ayuda de Cento Yuste ha sido irremplazable en todas las creaciones estéticas desarrolladas en el jardín.

El proyecto del umbráculo, como casi todo, lo tenía en mente de forma muy clara. Deseaba que tuviera una cúpula central con frontones y columnas del mismo estilo de la casa; sin embargo, estaba limitado por el espacio que debía



L'Albarda, una experiencia piloto

ocupar. Después de muchas controversias con Cento, conseguimos hacer una maqueta del umbráculo, que posteriormente llevaría a planos el arquitecto Héctor Martín, en septiembre del año 2000.

El umbráculo, obviamente, era para plantas que requirieran sombra, y decidí que fueran sobre todo palmáceas, pues mi debilidad por las palmeras podía ser satisfecha en el umbráculo y en el invernadero.

Hay muchas palmeras que mientras son jóvenes necesitan estar a la sombra, y aunque parezca curioso porque son asociadas al sol, tiene una fácil explicación. En las selvas tropicales, donde nacen la mayoría, las copas de los árboles impiden que los rayos del sol lleguen al suelo, por lo que las palmeras se desarrollan mucho mejor si están a la sombra hasta que alcanzan los 6 o 7 m. de altura; una vez la sobrepasan reciben más rayos solares cambiando el metabolismo y a partir de ese momento se desarrollan mejor al sol. Además de palmáceas, he introducido otras especies de sombra: aspidistras, helechos, filodendros, clívias, etc.

Los caminos interiores del umbráculo están hechos con adoquines blancos y negros, al estilo portugués. Con estos adoquines se forman dibujos muy bonitos y con resultados esplendidos, como se puede apreciar en todos los paseos de las playas de Brasil. Solamente dentro del umbráculo podía

permitirme este hermoso exotismo, sin romper el estilo mediterráneo de los diferentes suelos de barro que he utilizado en el resto del jardín.

Alrededor del umbráculo planté otras palmeras junto con arrietes de salvias, jaras, romeros y celindas, y en el espacio que quedaba entre el umbráculo y la piscina, sustituí los limoneros existentes por naranjo amargo; con un porte de tronco de al menos dos metros libres de hojas. La idea era poder pasear por debajo de ellos y que en la floración el aroma descendiera desde las copas.

Esta parcela tiene un camino central con setos de mirto y dos caminos laterales; uno de los ellos conduce a una fuente adosada al muro y el otro a un templo en fase de construcción.

Me siento satisfecho con el resultado final de la zona del umbráculo. Curiosamente, a nuestro arquitecto le dieron un Premio Nacional de Arquitectura en Hierro, por otra parte muy merecido. Hizo un buen trabajo en el despiece de todos los paneles de lamas, de manera que la ejecución de todos los elementos metálicos del umbráculo, excepto las columnas de fundición, se hizo en taller, y posteriormente se montó "in situ" como si fuese un mecano, con el consiguiente abaratamiento de costes, lo que facilitó que el umbráculo se pudiera construir a un precio razonable. Finalmente, la construcción del umbráculo la hizo una empresa de Benissa, Nou Metall, a la que estoy



muy agradecido por el entusiasmo depositado en este proyecto tan diferente y singular.

Terminada la plantación en los 1.580 m² comprados al matrimonio suizo, me planteé qué debía hacer en la otra parcela agrícola plantada con naranjos de la variedad "Valencia"; así como en la zona donde se encontraba rodeada de un pequeño bosque de pino carrasco la caseta del anterior propietario.

En esa época ya había aprendido que antes que destruir es mejor aprovechar lo que se tiene. Por lo que en la zona de huerto preferí mantener los naranjos e ir trasformándolos poco a poco en un jardín "árabe-valenciano". El huerto,

L'Albarda, una experiencia piloto



de forma casi rectangular, ocupa unos 16.000 m²., de los 18.500 m².

El "jardín árabe" es cerrado, con una fuente central de la que parten cuatro caminos en ángulo recto. En la Península Ibérica, los árabes adaptaron las antiguas influencias romanas y visigóticas creando unos jardines con identidad propia dentro del mundo islámico. Su estructura se basa en la construcción de un patio, generalmente rectangular y cerrado, ya sea con muros o construcciones. A pesar de ser una invención romana, es la cultura árabe la que dará el protagonismo al "jardí tancat". El jardín valenciano-árabe no es más que la evolución de este concepto de jardín cerrado a jardín huerto. Una de las

diferencias importantes en el diseño del jardín valenciano con respecto al jardín árabe clásico es precisamente el planteamiento de jardín como espacio desconectado del edificio.

En el caso específico de L'Albarda, los caminos se bordearon con setos de boj. Además, planté más naranjos para que con el tiempo pudieran podarse como si de un seto de gran tamaño se tratara. Tuve la suerte de que fueran de la variedad "valencia", que se caracteriza por tener ya fruto en el mes de mayo, coincidiendo con su floración, de tal forma que conviven el olor del azahar con el color de las naranjas, cubriendo todo el árbol y produciendo la lujuria de colores y olores tan propio de los jardines árabe-



valencianos; todo un regalo para los sentidos.

Teniendo claro cómo sería la parte interior del rectángulo, decidí que alrededor de éste discurriera un camino perimetral para recorrer el jardín en toda su extensión y utilizarlo como zona de paseo, similar a los antiguos claustros.

Todo este rectángulo lo circundé de palmeras por dos motivos. El primero, que cuando crecieran las palmeras produjeran la sensación de "jardí tancat". El segundo, que la fila de palmeras plantadas a diferentes alturas del lateral que da a la montaña de la urbanización, taparan en buena parte la visión de otras viviendas, dejando pasar el sol y formando una pared vegetal translúcida.



L'Albarda, una experiencia piloto



Los cuatro caminos que parten del centro confluyen en línea recta con los caminos perimetrales. De los dos laterales más largos, uno es colindante con el muro del camino de entrada; aquí aproveché para hacer una pérgola con cúpula octogonal en el centro, y en el resto un emparrado en la línea de los tradicionales “l·ligadors d’horts valencians”. El propósito era crear una gran rosaleda de una única variedad: “Maurice Chevalier”, de flor rojo escarlata, ligero aroma y de intensa floración de marzo a octubre. Todo este lateral está sostenido con columnas clásicas de fundición colocadas encima de un murete de piedra de unos 40 cm. de alto, ideal para tomar asiento en cualquiera de sus rincones. El suelo es de barro manual, con pequeños ladrillos esmaltados en azul celeste formando un dibujo geométrico.



El otro camino, en la parte opuesta del rectángulo, está adosado al muro de la vivienda vecina. Aquí construí un paseo cubierto, y busqué una planta trepadora de crecimiento rápido para aprovechar la sombra a la mayor brevedad. Cometí el error de plantar *Bignonia rosa* (*Podranea ricasoliana*), que de inmediato cubrió la pérgola requiriendo una poda continua, por lo que tomé la decisión de sustituirla por jazmines, pues en el jardín valenciano los aromas son fundamentales y no puede faltar el suyo. Cubierta la pared formada por el muro, quedaba muy oscura, y para dar luz la cubrí con “trencadís”, o mosaico, en diferentes tonos de azul; cada seis o siete metros se aprecian figuras de algunos de los animales que habitan el jardín: un sapo, una serpiente, una lagartija, un pez, una salamandra, una tortuga de

tierra y una rana. El “trencadís” es una técnica que consigue un efecto de espejo roto. Conforme se camina varían los tonos, logrando un doble resultado: la luminosidad y el fomento de los atractivos del jardín, que gracias a su tamaño y perfecta ejecución, es de gran belleza. Gracias a la tradición azulejera de Valencia y a las influencias orientales, sobre todo árabes, la técnica del “trencadís” se ha utilizado mucho a lo largo de la historia en numerosos jardines. En la actualidad, en las obras más modernas se está utilizando con profusión; es el caso de Gaudí, y más recientemente de Santiago Calatrava.



De los otros dos caminos perimetrales más cortos, el que da a la antigua rambla pluvial de la montaña, uno de sus laterales forma parte

L'Albarda, una experiencia piloto

del jardín silvestre y el otro está bordeado con las palmeras del “jardí tancat”. El otro camino está bordeado por palmeras cerrando el rectángulo del “jardí tancat”, volviendo por el otro lateral al jardín silvestre. En el resto de la parcela, unos 2.500 m²., había una pinada y una pequeña caseta del anterior dueño. La caseta fue remodelada para que sirviera de alojamiento a expertos y estudiosos del jardín, y como centro de reunión para charlas.

Este pequeño edificio está rodeado de una pequeña acera, con un desnivel de aproximadamente metro y medio hasta el campo de naranjos. Antes de adquirir este terreno, el anterior propietario había llenado de gravilla el espacio que va desde el muro de contención, que linda



con el huerto, hasta la caseta. Su intención fue la de nivelar el terreno, ideal para que sus hijos pudieran pasear en bicicleta pero no para el crecimiento de la vegetación. Quitó la gravilla hasta encontrar el suelo original e introdujo, como en el resto del jardín silvestre, diversidad de árboles y arbustos. La zona ya está consolidada, y la casa queda como la típica casita dentro del bosque. Conforme vayan adquiriendo mayor porte los árboles se irán eliminando los pinos carrascos, pasando de una pinada a un auténtico bosque natural mediterráneo.

Al final de la rosaleda antes descrita hay unos 50 metros que rompen la forma perfecta rectangular del “jardí tancat”. En este espacio se



ha ubicado una alberca (tradicional en todos los huertos-jardín valencianos), diseñada para que además cumpla la función de fuente ornamental. En los laterales se han dispuesto dos bancos de piedra y cerrando la composición, dos hornacinas también de piedra a cada lado, en cuyo interior hay dos esculturas clásicas en terracota. Terminada la alberca del jardín árabe-valenciano, se puede considerar terminada esta zona; solamente hay que esperar unos años para que los naranjos adopten la forma de seto y las palmeras crezcan, culminando su aspecto de “jardí tancat”.

En el año 98 compré otra parcela de unos 6.000 m², en la parte baja de la finca. Habiendo descubierto con anterioridad todo el juego paisajístico que se puede conseguir con las piedras del terreno y la gran cantidad de plantas rupícolas y fisurícolas que viven en nuestras zonas rocosas calcáreas, pensé en construir una rocalla con forma de pequeña montaña y un camino perimetral que ascendiera hasta su cumbre. La idea era conseguir una vista en la que se fundiera la nueva “montañeta” con el fondo de las montañas del Parque Natural del Montgó.

La vegetación de este terreno se limitaba a una “pinadita” de pino carrasco (*Pinus halepensis*), el resto eran antiguos campos abandonados desde hacía tiempo. Esta parcela, al estar en la parte más baja de la propiedad, tenía un desnivel provocado por la antigua construcción del último

L'Albarda, una experiencia piloto

bancal de limoneros. Antiguamente había sido un campo de almendros bastante llano, con una pequeña inclinación hacia su parte final. Para disimular el desnivel de unos 2,5 m., desde el campo de limoneros hasta el nuevo terreno, se



me ocurrió rellenarlo con tierra de rodено, con la idea de introducir aquellas plantas mediterráneas cuyo hábitat se encuentra en terrenos algo más silíceos, o más bien, en terrenos no tan calcáreos como los de la Marina. Su superficie era de unos 25 m. por unos 30 m. de pradera en desnivel, un total 750 m2. Se plantaron alcornoques (*Quercus suber*), arces (*Acer granatensis* y *monspessulanum*), madroños (*Arbutus unedo*), espino albar (*Crataegus monogyna*), cerezo de santa lucía (*Prunus mahaleb*), arbustos y también

algunas aromáticas, como por ejemplo el cantueso (*Lavandula stoechas*). En el lado paralelo al bancal de este jardín, hice un pequeño barranco de recogida de aguas de lluvia y, al otro lado, se inició la construcción de la rocalla.

En la mayoría de jardines históricos existen torres o pequeñas montañitas, cuya misión principal es propiciar una visión de conjunto. En el caso de las montañas, además de esta función, permiten, mediante la colocación de un depósito en la parte superior, regar el jardín por gravedad, y además, hacer algún juego de agua, como una cascada que baja a los pies de la montaña. Tenemos ejemplos en Valencia, como pueden ser la “montañeta” del jardín de Monforte o la del Jardín de los Viveros.

Comencé a principios del año 2003. Se trata de una obra muy complicada y lenta; lo que una excavadora destroza en un día, lleva años reconstruir. Ya son tres años y medio construyendo la “montañeta” y calculo que todavía tardaré un año más en terminarla dadas sus dimensiones: una base de unos 100 m. x 40 m. x 25 m. de altura desde el punto mas bajo.

Proyecté que la “montañeta”, en la parte orientada hacia la casa, tuviera una charca en forma de poza de monte, con aguas cristalinas, y que como en el resto de parcelas, sirva como punto de agua para la fauna. Además, junto a la poza, en la base de la rocalla, habrá una pequeña



cueva, y por delante de su entrada caerá agua en cascada. Al lado de la cueva y junto a la poza, crece un gran lentisco (*Pistacia lentiscus*) que por supuesto será respetado.

Hasta la cueva llegará un camino desde la zona boscosa que permita su visión tras la cascada, y este camino será el que recorra la rocalla perimetralmente y suba hasta su cumbre. A lo largo de él se podrá observar especies autóctonas, sobre todo plantas rupícolas, muchas de ellas en peligro de extinción, y algunas de ellas endemismos del Parque Natural del Montgó.

Desde la cumbre, y sobre la poza, se disfrutará de una nueva vista, tanto de la casa como

L'Albarda, una experiencia piloto

del jardín, de la montaña del Montgó y del golfo de Valencia. Como ya dije, en días claros se ven las montañas de Cullera y las de Sagunt al fondo.

La poza estará rodeada por piedras naturales, del propio terreno, de manera que parezca que sus aguas son fruto de la acumulación de agua de lluvia provenientes tanto de la “montañeta” como del resto de la parcela, ya que para disimular el desnivel desde el bancal de limoneros pretendo convertir esta parte del terreno en una zona montañosa, con cierta inclinación sobre el barranco y la poza. De esta forma se conseguirá un doble efecto: eliminar el impacto visual del bancal y favorecer la recogida de aguas, según nuestra filosofía de jardín sostenible. Además, se creará un nuevo rincón, recogido e íntimo, permitiendo el disfrute de nuevas perspectivas del jardín, haciendo de cada paseo una experiencia nueva.

Al comienzo, la construcción me parecía muy simple. La tierra y las piedras que extraje para la futura construcción del invernadero serían aprovechadas para hacer el relleno de la rocalla, pero las piedras estaban muy dañadas debido a la anterior manipulación del terreno. Para que su aspecto quedara natural debería transcurrir mas de 25 años hasta que, gracias a la luz del sol, diversos organismos las fueran trasformando en piedras envejecidas, cicatrizando las heridas

provocadas por las máquinas excavadoras. Por ello, me vi en la necesidad de buscar otras piedras con las que cubrir la parte externa y ganar esos 25 años de tiempo; quería que la rocalla fuera hermosa y natural.

Localicé varias zonas en construcción con el fin de obtener piedras de la superficie antes de que las máquinas las destrozaran para hacer caminos y parcelas. Tuve la suerte de encontrar una urbanización cuyas carreteras se habían empezado a construir hacia años y las piedras extraídas estaban apartadas en el borde de las mismas. La edificación estaba paralizada hacía mucho tiempo, por lo que pude negociar su retirada con los propietarios de los terrenos. El traslado se hizo con un camión grúa, y para no dañarlas durante el trayecto se puso neumáticos usados entre piedra y piedra.

Utilizando estas piedras, la “montañeta” empezó a tomar forma, primero en su perímetro y después en altura. Era un trabajo muy laborioso: había que ensamblar las diferentes piezas para adquirir el tan deseado aspecto natural. Muchas de las piedras contenían plantas rupícolas y, con una altura de cuatro metros, ya prometía que su resultado sería único, bello y, sobre todo, natural. Tras un año de trabajo durante los fines de semana, ascendía a 7 metros.

En esta etapa llegó el otoño, con las típicas

lluvias torrenciales tan propias del clima valenciano, la conocida “gota fría”, y hubo un pequeño derrumbe en la parte norte de la “montañeta”. Me di cuenta de que los cientos de toneladas de peso que estaba introduciendo debían asentarse. Dado que en nuestra tierra suele llover pocas veces, pero cuando lo hace es de manera muy intensa, los asentamientos, tanto del relleno como de las piedras, debían hacerse muy lentamente, por lo que continué de esta forma después de su reparación.

En el mes de febrero del año 2004 hubo otra “gota fría” que duró 5 días. Al tercer día, la misma parte norte de la “montañeta” empezó a tener derrumbes, esta vez de más consideración. Paralicé la obra y traté de adquirir mayores conocimientos sobre la forma correcta de construcción. En un viaje a Londres, unos amigos me comentaron la existencia de un museo de la jardinería, en el que había unos paneles explicativos de cómo construir una pequeña montaña en un jardín. Pude comprobar que básicamente era la misma técnica, pero con dos diferencias: únicamente se debía utilizar roca, nada de tierra, y para ensamblar una roca con otra, usar cemento.

De vuelta a Valencia, opté por ampliar la base de la montaña por la parte norte, haciendo cimentación en la base de las piedras, sin utilizar tierras de relleno. Además, ensamblé unas piedras

L'Albarda, una experiencia piloto



con otras mediante hormigón, para darle una consistencia mayor y evitar que la penetración de agua de lluvia produjera futuros derrumbes.

En la actualidad, el derrumbe está reparado y la pared norte esta reconstruida hasta la cima. Calculo que me queda un año de construcción para terminar la rocalla, pues las piedras traídas de la urbanización se han agotado. Tendré que esperar a que empiece algún desmonte para obtener una nueva remesa.

Al término de la rocalla proseguiré con la construcción del invernadero, e intentaré colocar los tres templete que todavía quedan por hacer en la zona del jardín formal, así como

la fuente ubicada en el bancal debajo del umbráculo.

El invernadero tendrá unos 12 m de profundidad sobre la rasante, más cinco metros por encima de ella, con el fin de no interferir la vista del Montgó. Será de estilo similar al umbráculo y la casa. Me servirá para ocultar los adosados que están construyendo alrededor del campo del golf de la urbanización y que son las únicas construcciones que se ven en la actualidad desde el jardín.

Sólo faltará construir el depósito de agua de lluvia que estará situado al otro lado de la rocalla, que habrá que excavarlo a mano para que tenga un aspecto natural. El agua de lluvia que recoja la destinaré al riego de las plantas del invernadero. Este depósito natural, es decir excavado en el propio terreno, estará impermeabilizado únicamente en su parte más profunda, y a través de unas balsas de decantación de sólidos, estas aguas llegarán a otro depósito construido en el invernadero.

Como ya he comentado, he carecido de formación académica como paisajista. La idea del jardín, en su conjunto, la tenía en mente desde pequeño. Una casa central con patio alrededor, con muchas ventanas para en todo momento disfrutar de las vistas del jardín y del Montgó, de forma que, paso a paso, el jardín pase a ser un

jardín silvestre fundido con el paisaje.

En el año 2004, estando en Italia, visité las villas mediceas y, sin saberlo con anterioridad, comprobé que el estilo del jardín de L'Albarda era renacentista, el mismo que el de la época de los Medici. En Valencia, con algunas transformaciones y adaptaciones, se le denominó Renacimiento Valenciano. Cuando esté terminado, tendrá tantos elementos utilizados desde siempre en Valencia, que habrá adquirido una identidad propia del lugar donde se encuentra. Es una pena que existan tan pocos jardines históricos valencianos bien conservados. Entiendo que deberían estar protegidos por las entidades públicas correspondientes, siendo declarados patrimonio de los valencianos por formar parte de nuestra historia e idiosincrasia.

Deseo que al contemplar el jardín de L'Albarda, aunque de construcción reciente, nos sumerja en tiempos pasados de esplendor, en la época en que se sabía conjugar la belleza con la prosperidad.

El entorno natural del Montgó me ha brindado su belleza para componer el propio jardín, procurando un paisaje sin construcciones, idílico y natural, siendo una continuación de la naturaleza circundante. El mayor logro sería que el jardín de L'Albarda fuese un paraíso, un patrimonio de todos.

L'Albarda, una experiencia piloto





1. Aspectos a tener en cuenta a partir de la experiencia del jardín de l'Albarda

1.1. Ventajas.

- Bajo consumo de agua
- Jardín vivo. No necesita el uso de herbicidas, ni insecticidas. Si se controla bien el riego, no es necesario el uso de fungicidas.
- Económico en cuanto a plantas. Tras su adquisición, se reproducen por si mismas, no siendo necesario las reposiciones.
- Es un jardín hermoso y florido todo el año.
- Soporta las sequías y las heladas no le afectan.
- Ayuda a conservar nuestro paisaje.
- Conserva la biodiversidad autóctona.
- Requiere poco mantenimiento.

1.2. Cómo conseguirlo.

1.2.1. El terreno.

a) Terreno rústico sin transformar en lo posible. Amoldar las construcciones al terreno, respetando la vegetación existente. Bastará con plantar otras especies propias de la zona que no existan en la parcela y hacer una pequeña charca. Con un sistema de riego con manguera, el jardín estará en pocos años precioso e integrado en el paisaje.

b) Terreno rústico transformado en parcela. Comprobar cómo era antes de su transformación, y aprovechar los elementos propios de la zona para conseguir un aspecto parecido al original, rocas, pendientes...

c) Terreno urbano. Utilizar tierra adecuada para la zona, y recrear el jardín autóctono según el concepto de estética personal.



d) *Suelos muy degradados*. Hacer nuevas aportaciones de tierra de la zona, de buena calidad.

1.2.2. El agua.

Adaptar un sistema de riego con puntos para manguera: las plantas autóctonas solo necesitan riego continuo los dos primeros años; después, cada quince días en los meses de verano. Si se introducen nuevas especies autóctonas, hacer un riego selectivo, regando únicamente éstas últimas. Regar con sistema de goteo los setos y las zonas de jardín formal, regando aquellas plantas que lo necesiten.

Construir una charca, como mínimo de un metro y medio cuadrado por medio metro de profundidad, con agua todo el año: en todo jardín mediterráneo ecológico es necesaria para que puedan vivir y reproducirse los anfibios, sobre todo los sapos, predadores de la mayoría de las plagas del jardín, y para que el resto de animales tengan un punto de abastecimiento de agua.

1.2.3. Cómo eliminar las hierbas no deseadas.

Eliminación manual, a ser posible antes de la floración para evitar la propagación de las semillas. Hacer un trabajo selectivo, arrancando de raíz únicamente aquellas plantas no deseadas. Aunque parezca un trabajo incómodo y sin fin, al cabo de unos dos años, la planta desaparecerá totalmente al no producir semilla.

1.2.4. Las plantas.

Adquirir planta autóctona con control de origen de la semilla, cultivadas en sustrato natural y en un ambiente apropiado. De lo contrario, viciadas a unas condiciones de reproducción artificial: riego continuo, hormonas de enraizamiento y sustratos excesivamente ricos en nutrientes, al ser trasplantadas, el índice de fracaso es muy alto.



Actualmente, conseguir planta autóctona en las condiciones idóneas, es bastante difícil. La inmensa mayoría de viveros y “garden center” no disponen de este tipo de planta. Sin embargo, es de esperar que todos los viveristas adecuen su oferta a la creciente demanda. De hecho, existen profesionales respetuosos con la naturaleza que las comercializan adecuadamente.

1.2.5. Biodiversidad.

Introducir coherentemente el mayor número de especies de planta autóctona posible, dependiendo del tamaño del jardín: a mayor diversidad, más rapidez para tener un jardín autónomo y ecológico.

1.2.6. Infraestructuras.

Hacer los caminos con materiales lo más naturales posibles: barro, piedra, cemento... Evitar plásticos, pvc, etc., si el presupuesto lo permite. Utilizar cañizos o cubiertas vegetales en lugar de toldos. Hierro y fundición, y no materiales sintéticos. Rocallas y piedras naturales.

1.2.7. Iluminación.

Procurar que la iluminación del jardín sea puntual e indirecta, sólo cuando sea estrictamente necesario, evitando la contaminación lumínica. Obviar luces de colores, utilizando luces de espectro natural.